

Humboldt y sus amigos hacia pocos dias que navegaban en el Orinoco y..... todavía tenían delante una navegacion de casi tres meses en rios, llenos de escollos, y en canoas mas pequeñas aún que aquella en que iban á sucumbir.

Y mientras estaban reflexionando en esto..... atravesaban los tigres el rio..... y rodeaban su campo.

Al anochecer formaban su campo en un claro de la selva. Con una gran tarapa para cubrirse de la lluvia, tomaban su cena, y se echaban á dormir. Cada uno de ellos se cubria con su propia tarapa de paja. Habia sido la noche de luna llena, y el viento se levantaba con fuerza. El ruido de las hojas de los árboles se oia con claridad. Los ruidos de los animales de la selva se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad.

En un momento se oyó un ruido extraño. Los viajeros se despertaron y se levantaron. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad.

Al anochecer formaban su campo en un claro de la selva. Con una gran tarapa para cubrirse de la lluvia, tomaban su cena, y se echaban á dormir. Cada uno de ellos se cubria con su propia tarapa de paja. Habia sido la noche de luna llena, y el viento se levantaba con fuerza. El ruido de las hojas de los árboles se oia con claridad. Los ruidos de los animales de la selva se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad.

En un momento se oyó un ruido extraño. Los viajeros se despertaron y se levantaron. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad.

Al anochecer formaban su campo en un claro de la selva. Con una gran tarapa para cubrirse de la lluvia, tomaban su cena, y se echaban á dormir. Cada uno de ellos se cubria con su propia tarapa de paja. Habia sido la noche de luna llena, y el viento se levantaba con fuerza. El ruido de las hojas de los árboles se oia con claridad. Los ruidos de los animales de la selva se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad.

En un momento se oyó un ruido extraño. Los viajeros se despertaron y se levantaron. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad.

Al anochecer formaban su campo en un claro de la selva. Con una gran tarapa para cubrirse de la lluvia, tomaban su cena, y se echaban á dormir. Cada uno de ellos se cubria con su propia tarapa de paja. Habia sido la noche de luna llena, y el viento se levantaba con fuerza. El ruido de las hojas de los árboles se oia con claridad. Los ruidos de los animales de la selva se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad.

En un momento se oyó un ruido extraño. Los viajeros se despertaron y se levantaron. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad. Los ruidos de los rios se oian tambien con claridad.

—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —

—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —

—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —

—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —

—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —

CAPITULO IX.

—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —
—Esta para mí, esta para mí —

Una noche de terror.

En la hacienda del Diamante, se hallaban en el balcón de la casa principal Arabela, marquesa del Toro, junto á su amiga Julia, hija del propietario D. Francisco Sanchez. Hacia una noche de luna magnífica, cuya circunstancia habia conducido insensiblemente á las niñas á un estado medio soñoliento y melancólico.

Al fin pareció despertar Arabela de sus meditaciones. Se inclinó hácia la otra jóven, imprimiéndola un ardiente beso en la frente.

Julia se sonrió. Luego la preguntó con cierta malicia:

—¿Era para mí este beso?

—¿Para quién podía ser sino para tí? contestó la marquesa.

—Vaya, contestó su amiga. Estoy cierta que has estado pensando, en estos momentos, en tu novio, que navega actualmente en el Orinoco, ó en las aguas extensas del Rionegro. La llama silenciosa de tu amor ardia con mas fuerza en tu corazon, despertando el deseo de volverle á ver, excitada por la magnificencia de esta noche. Tú lo viste en espíritu junto á tí, y tu corazon lleno.....

—¡Oh, qué maliciosa eres! dijo Arabela, ruborizándose, medio sentida. ¿Crees tú, en efecto, Julia, que mi amor hácia tí se menoscaba á causa de mi inclinacion á Soto?

—Sí, contestó Julia. Lo creo porque lo encuentro natural. Un corazon como el tuyo no puede estar dividido.

—¡Cuán injusta eres! exclamó Arabela. Es verdad que amo á Soto con una pasion de que yo no tenia idea hasta ahora; pero creeme, no por eso se menoscaba mi amor hácia tí, mi hermano y el Padre Acosta.

Julia se sonrió diciendo:

—Pero este amor debe ser enteramente de otra naturaleza.

—Es mas tranquilo, mas sosegado, contestó Arabela; pero no menos intenso.

—Entonces perdona mis inocentes celos, dijo Julia; como una prueba de lo mucho que estimo tu amistad.

—Yo tambien estimo la tuya en alto grado, y te lo probaré mi permanencia aquí.

—En efecto, contestó Julia con un suspiro, me puedo figurar cuanta resignacion has necesitado para venir con mi hermano hasta aquí.

—A verte, dijo Arabela, como disculpándose, porque este es siempre mi mayor placer; pero.....

—No aquí, añadió Julia, no al Diamante..... y no... en la compañía de mi padre y de mi hermano.

—¡Julia!

—No puedes tomarlo por mal, dijo ésta, con un profundo suspiro y las lágrimas en los ojos. El Diamante, esta hermosa finca que Dios ha criado como un Eden, es un lugar de horror y de espanto, y los que sin corazon lo han trasformado así, son..... mi padre..... y mi hermano.

Y se arrojó llorando en los brazos de Arabela, quien la besó con ternura, diciendo:

—No llores, no es tuya la culpa, bien sabes cuan pocos hacendados tienen humanidad con sus esclavos.

—Pero no son tan crueles y sin piedad como en el Diamante. ¡Oh, querida Arabela! tú no sabes, ni puedes figurarte cuanto he hecho para ablandar la dureza de estos corazones que me son tan caros y cercanos.

—Te creo.

—¡Cuántas veces me he echado á los piés de mi padre!..... ¡Cuántas noches he estado de rodillas, pidiendo á Dios haga mas humanos los corazones de las personas que me pertenecen!.... ¡Cuántas veces he conjurado á mi hermano, con lágrimas en los ojos, para que no atraiga el castigo de Dios sobre nuestras cabezas!..... ¡En vano!..... con ludibrio y..... puntapiés he sido contestada por mi padre y por mi hermano.

—Tanto mas tranquila debes estar ante tu conciencia.

—¿Y puede serme acaso indiferente lo que tú y tu hermano, y las demás gentes buenas juzguen de nosotros?

—No puedes remediarlo, pobre niña.

—¿Puede serme indiferente estar obligada á ver esta miseria, día por día?

—Te tengo infinita lástima.

—¿Puede serme indiferente pensar en la justicia divina, y ver como se acumulan sobre nuestras cabezas las maldiciones de una multitud de desgraciados?

—Dios te protege y evita que haya una rebelion entre vuestros esclavos.

—¿Puede serme indiferente, exclamó Julia, con la mayor exaltacion, que no pueda llamar mio ningun corazon sobre la tierra? ¡Oh, Arabela, Arabela!.....

es un horrible y destructor sentimiento tener que despreciar..... á sus padres, á su hermano!.....

—Eres injusta, Julia, dijo Arabela, con un tono de suave reproche, cuando dices que ningun corazon es tuyo; ¿no tienes el mio?

—Pero que ya volveré á perder mañana temprano.

—No, no lo pierdes. Aunque he venido á despedirme de tí, mi querida amiga, es solamente por un corto tiempo. Nosotros nos vamos á Varinas, y estaremos aquí de vuelta el año que entra; pero siempre mi corazon queda contigo aunque yo esté en la capital.

—Me prometes demasiado, replicó Julia con la cabeza tristemente inclinada; no me llamo Soto.

—¿Ya otra vez los celos?

—No, no estoy envidiosa por tu felicidad; al contrario, me alegro de ella. Una mujer es nada sin el amor de un hombre. Su vida es el amor, y solo por él y en él vive.

—Tambien tú encontrarás á uno que te ame.

—¡Jamás! Un hombre noble no puede amar á la hija de..... un Sanchez, y á otro hombre que se asemeje á mi hermano, me será imposible amar.

—Querida Julia, no te pintes el cuadro de tu porvenir con tan negras sombras.

Pero en el mismo instante, Julia sintió un estremecimiento en toda su alma.

Con una expresion de profundo horror tomó con una mano la de su amiga, señalando con la otra un punto del jardin.

—¿Qué ves allí, al fin de la arboleda? preguntó con tono lúgubre.

—Las chozas de los esclavos de tu padre.

—¿Y en medio de la plaza?

—Un árbol.

—Pues bien, en este árbol se ha ahorcado un hombre hace poco, por desesperacion, despues de haber sido azotado hasta quedar medio muerto, y habérsele aplicado los «stocks» que le produjeron convulsiones.

—Deja estos tristes recuerdos, dijo Arabela, estremeciéndose tambien.

—No puedo, y ménos hoy que pesa una montaña sobre mi cerebro.

—Te enfermarás si no dominas esas ideas, y el aire de la noche te agravará. Vamos á recogernos.

—Esto acabará mal, murmuró Julia. ¡Yo tengo un presentimiento penoso, seguro!

En aquel momento se movia en uno de los extremos de la plaza donde estaban las chozas de los esclavos, un bulto negro que avanzaba arrastrándose en el suelo como una serpiente. Era un caribe que se dirigia hácia las chozas. Estaba desnudo, y llevaba un pequeño envoltorio sobre las espaldas, y un enorme cuchillo en

una mano. Se deslizaba de tal manera, que sus movimientos no causaban el menor ruido.

Pausadamente, con precaucion y sin vacilar un instante, se dirigió hácia el árbol de que acababa de hablar Julia, y en el cual se habia ahorcado César. Llegado allí, miró á todas partes con recelo.

Reinaba un silencio sepulcral. El caribe sabia bien que los terribles perros de sangre estaban de guardia. El mismo, que habia gemido allí bastante tiempo como esclavo, con dificultad se les habia podido escapar, fugándose en la misma noche en que César se ahorcó, todo lo cual le daba un conocimiento exacto del terreno, y mediante él, pudo subirse al árbol sin ser notado.

—Pronto venir perros de sangre, se dijo á sí mismo; tener buen olfato de indios..... tambien buen paladar.... para toda eternidad.

Y tomando algo del envoltorio, lo dejó caer al suelo; inmediatamente se dejó oír un lijero gruñido de perro.

El caribe no se movia; pero su excelente vista le hizo notar, á pesar de la oscuridad, un enorme perro de sangre que, levantando el horrible hocico y enseñando los dientes, se acercaba al mismo árbol.

Era un momento crítico. Si ladraba el perro, el indio estaba perdido, y fracasaba el plan siniestro que se proponia.

Pero, ¡cosa extrañal el perro dejó repentinamente su actitud amenazadora, buscando algo en el suelo; era el

olfato de la carne de armadillo el que atraía su atención; aquella carne con que se regala á estos perros, como un esquisito manjar, cuando sus amos se encuentran muy contentos de sus buenos servicios. Se dice que esta carne y la de los indios, tienen olor y sabor idénticos.

Luego que el caribe notó que el perro comía la carne con mucho apetito, chispeaban sus ojos con salvaje alegría; como los de un tigre que está acechando á un inocente venado, y baja del árbol en que aguarda su botín.

Dos minutos despues había muerto el perro. La carne estaba envenenada con *curare*.

El caribe reía con aire triunfante, diciéndose al deslizarse del árbol:

—Así hacer con amo..... amo ser diablo..... viejo y jóven..... amo matar al pobre César, y al pobre caribe dar *stocks*..... negro ser cobarde..... ahorearse..... indios no se acobardan..... querer vengarse..... querer ser diablos ellos mismos.

Y volviéndose á acostar boca abajo, se dirigió á las chozas.

En menos de media hora habían dejado de existir los cuatro perros que estaban de guardia. El astuto salvaje había pensado ya en los que se hallaban de reserva junto á la habitacion del capataz, y les introdujo tambien la carne envenenada; pero no había podido impedir que los perros ladrasen ántes de morirse, por cuya cir-

cunstancia salió el capataz con su arma preparada á la puerta de su casa.

—¡Cosa singular! dijo, los perros de adentro han ladrado, y Neron, Tiber, Galba y Vitelio no se mueven. Algo de extraordinario debe haber sucedido adentro, donde están los perros. Acaso un tigre.....

Y examinando su arma, se dirigió con precaucion al sitio donde estaban encerrados los perros; pero su asombro creció, al notar que nada se movia por dentro.

—¡Qué diablos! dijo, ¿por qué no se moverán estas bestias? Se han hecho flojas, y pierden el valor y el olfato. Es necesario que haya pronto una caza de negros para que no se entorpezcan. Véamos.....

En el momento que se acercaba á la puerta del departamento de los perros, cayó al suelo, porque el caribe le había cortado la garganta con su largo cuchillo.

Cautelosamente, pero con la misma indiferencia que si hubiera acabado de matar á una gallina, se apoderó del arma del capataz, la puso en el seguro y siguió adelante.

Todo quedó en silencio afuera, solo se notaba movimiento en el interior de las chozas de los esclavos.

Al principio era el caribe que se metia en cada una de las chozas..... pero pronto aparecieron las figuras negras de los esclavos, que cual implacables sombras se movian aquí y acullá..... luego comenzaron á formar

un círculo en derredor del caribe..... y dividiéndose en cuatro grupos se alejaron con precipitación.

El silencio parecía haberse restablecido en la finca; pero en este silencio había algo de siniestro. Repentinamente surgió á lo léjos una luz; despues otra, y la excelente vista del caribe que estaba reclinado en el árbol referido, pudo conocer que estas luces eran pequeñas fogatas.....

—Negros hacer bien, dijo para sí, con una alegría diabólica que hacia flamear sus ojos; negros incendiar los campos de caña pero negros ser tontos..... caribes hacer mejor..... buscar viejo y jóven diablo, y hacerse ellos mismos diablos.

En este momento se enderezó otra figura que se arrastraba tambien por el suelo.

—Boby, dijo el caribe en voz baja.

—Ser Boby, fué la contestacion.

—¿Ser listo? preguntó el caribe.

—Sí, contestó Boby.

—Negros matar á los cuatro capataces.

—Negros hacer bien.

—Zeno ser capitan, dijo Boby con aire de triunfo. Negro no olvidar azotes.

Repentinamente se oyó un bullicio en el bosque, como el de una reunion de caballos.

—¡Húl... ¡húl... gritaron los dos indios con alegría, y pocos momentos despues, llegaron de cuarenta á cincuenta caribes desnudos, y montados á caballo en pelo; pero manejándolos con mucha destreza. Además, se hallaban armados con lanzas y largos cuchillos.

El caribe, que hasta entónces había estado debajo del árbol, les dió una señal é inmediatamente dejaron los ginetes sus caballos y le siguieron. En pocos minutos se apoderaron de las armas y municiones que se hallaban en el cuarto del jefe de los capataces, asesinado por el caribe. Hechos de estas armas, que sabian manejar bien los indios, volvieron á montar en sus caballos sin proferir una palabra, y despues de haber montado tambien los dos primeros caribes, se dirigieron á la casa principal. Llegando á un estanque situado á unos cuantos pasos de ésta, dejaron sus caballos y desaparecieron luego entre el bosque y las arboledas mas espesas hasta llegar cautelosamente á la casa, la que rodearon completamente. Allí estaba todo en silencio.

—¿Qué haces, Julia? preguntó en este momento Arabela, que había despertado á causa de un ligero ruido.

—No puedo dormir, contestó la hija de la casa, y por esto me he vuelto á vestir; quédate tú acostada: yo voy al balcon á tomar el aire, cosa que hago con frecuencia.

—Entónces espera un momento, te acompañaré. El aire fresco me aprovechará mas que el sueño, porque el

calor es sofocante, dijo la hermana del Gobernador, dejando el lecho y tomando sus vestidos.

—La luna se ha metido, dijo Julia.

—Entonces brillarán mejor las estrellas, contestó Arabela, de buen humor. Desde que amo á Soto, y él se halla de viaje con el Sr. de Humboldt, me son doblemente queridas.

—¿Por qué?

—Porque son sus fieles compañeras y guardianes. Quien sabe en donde y en qué peligros pernoctará á la vez, mirando las estrellas lleno de amor y de deseo de verme. Ellas son mediadoras amistosas entre él y yo, porque el rayo de luz que extraen de sus ojos, vuelve por medio de ellas á los míos.

—¡Visionaria! dijo Julia; ¿quién podía ser tan dichosa como tú? Yo envidio aun á tu hermano por tí.

—No me le recuerdes, porque me inquieta la idea de que anoche saliera tan tarde para la mision de Santa-Cruz.

—¿Era tan urgente este viaje?

—Sí, porque queriendo salir mañana de San Fernando á Varinas, solo le queda esta noche para arreglar algunos negocios del Gobierno, y volver luego por mí.

—Entonces no hay razon para que te inquietes.

—El camino está sin peligro; pero me alegro que tu hermano le acompañe.

—Ya volvió.

—¿Cómo, tu hermano se ha vuelto sin el mío?

—Me lo dijo una de mis criadas.

—No comprendo como es esto.

—Su criado dijo, que mi hermano y el tuyo habian tenido una lijera disputa..... pero escucha, ¿qué alarido es ese?

—Serán los gritos de los monos que indican lluvia.

En el mismo instante se iluminó la habitacion de las niñas como si fuese de dia.

—¿Qué es esto? exclamaron las dos simultáneamente. Pero apenas habian dado dos pasos en direccion á la ventana, cuando vieron subir por todos lados columnas de fuego. Al mismo tiempo un terrible alarido de los salvajes llenó los aires.

—¡Justo cielo! gritó Julia palideciendo. ¡Mi presentimiento! ¡Este es el juicio de Dios; son los esclavos que se han rebelado y hecho libres! ¡Todos somos perdidos!

Y dichas estas palabras, se postró de rodillas.

El terror y el espanto se apoderaron tambien de Arabela, pero solo por algunos momentos. Su carácter resuelto y casi varonil, la hizo luego volver en sí.

—¡Levántate, Julia! dijo á su amiga con tono casi imperativo. No hay que perder ni un instante, salvémonos.

Pero Julia permaneció de rodillas sin moverse.

—¡Sálvate tú, dijo! Este es el castigo de Dios, de que hace tiempo he temblado: le hemos merecido, y yo lo sufriré con resignacion.

—¿Estás loca? exclamó Arabela. Este castigo no puede ser para tí, tú eres pura como un ángel.

—¡Soy la hija de D. Francisco Sanchez!

—Pero sus pecados no son los tuyos.

—Los hijos deben sufrir el castigo con sus padres.

—¡Locura!, exclamó Arabela de nuevo; ¿quieres tú que nos quememos?..... O lo que seria mas espantoso..... que caigámos en manos de estos salvajes.

—Sálvate tú!, contestó Julia, siempre de rodillas. Dios ha hablado; cúmplase su voluntad.

—No seas tonta, exclamó Arabela, es preciso salvarte, aunque sea á fuerza.

Ya iba á tomar en sus brazos á Julia, cuando la parte superior de un cuerpo humano apareció por la ventana. Era uno de los caribes. La expresion salvaje y brutal de su cara era aterradora; pero mas lo era todavía su risa triunfante, cuando vió á las dos niñas. Arabela comprendió lo que significaba esta risa.

—¡Prefiero la muerte! se dijo á sí misma, y sin dejar un segundo de tiempo al salvaje, tomó una silla, y dió un golpe tan fuerte al caribe en la cabeza, que éste se aturdió y cayó en las llamas.

Pronto se puso entonces Arabela al lado de su amiga, y tomándola en sus brazos como un niño, se dirigió precipitadamente á la escalera.

Pero tambien allí habian llegado las llamas, porque la casa estaba construida de madera, y por todas partes se veian, al través de las llamas y del humo, las diversas figuras de los caribes, ocupados en el robo y el pillaje.

Repentinamente tropezó con tal fuerza Arabela con un objeto que se hallaba al pié de la escalera, que poco faltó para que viniese al suelo con su preciosa carga. Involuntariamente dirigió una mirada hácia aquel obstáculo..... pero ¡qué horror! era la madre de Julia, que, cubierta de sangre, y horriblemente mutilada, se hallaba tendida y exánime.

Julia dió un grito penetrante, y perdió luego los sentidos, quedando así en los brazos de su amiga.

Pero el grito de Julia ocasionó que fuesen descubiertas por los caribes, y antes de que Arabela pudiese dar un paso adelante, sintió sobre sus hombros la fuerte presion de dos robustos brazos, que la obligaron á caer al suelo y á desprenderse de Julia. En seguida sintió que la amarraban.

Un instante despues, la levantó un colosal caribe; otro tomó á Julia, y por en medio de las llamas salieron de la casa dirigiéndose al jardin.

—¡Socorro, socorro! gritó entónces Arabela, y el pensamiento en Soto y su hermano, la estremeció con frenesí.

—¡Dejadme! soy la hermana del Gobernador, gritó.

Pero sus palabras se perdian entre el ruido de las vigas que se desplomaban, y los alaridos de los indios.

Llegaron á un salon que conducia al jardin, y el cual no habia sido invadido por el fuego; pero las llamas se acercaban á las paredes. Mas ¡qué escena tan horrible se presentó entonces á la vista de Arabela! En las dos columnas que sostenian el techo de la sala, se hallaban amarrados D. Francisco y D. Antonio Sanchez, á quienes seguramente habian sorprendido los indios en el sueño, y llevado en triunfo á ese lugar. Allí bailaban los indios al rededor de ellos con alegría diabólica, mientras los dos caribes que habian gemido tanto tiempo, como esclavos, bajo el yugo férreo de estos individuos, los azotaban con furor salvaje, empleando para esto los látigos que sacaron de la habitacion del administrador. Los dos Sanchez, padre é hijo, apenas se podian conocer, porque sus cuerpos desnudos, estaban cubiertos de sangre y heridas.

Un castigo terrible les habia alcanzado á causa de sus crueldades, y de todos aquellos seres humanos, que por su culpa habian pasado la vida en una miseria indescriptible.

En el momento, cuando el caribe que llevaba á Arabela en sus brazos atravesó la sala, dejaron tambien los demás de su tribu la casa, rodeada por las llamas. En vano, olvidando todos sus dolores, pidieron socorro los dos hacendados, pero no fueron escuchados. ¿No habian estado sordos tambien ellos en muchas ocasiones á la voz

de la humanidad y de la compasion? En ese instante no encontró tampoco eco el grito de la desesperacion. Ambos habian razonado frecuentemente los tormentos de sus esclavos con chanzas burlescas; y ahora se regocijaban los caníbales de su agonía. En efecto, era una horrible agonía que comenzó para ellos.

Con gran violencia se extendió el fuego. Tambien la sala en que se hallaban padre é hijo, se habia convertido en un mar de llamas..... solo á las columnas de en medio no habian llegado aún..... pero de un momento á otro debia suceder esto..... y..... amarrados en ellas, sin poder moverse, se hallaban los dos tiranos.

Ya no gritaban..... rugian de dolor y desesperacion; pero á sus rugidos contestaban los indios con alaridos de júbilo.

Ya llegan las llamas á las columnas..... Los desgraciados gritan como dementes..... Las llamas se acercan á sus carnes..... Piernas y muslos están asándose, y mas y mas suben las llamas..... sus ahullidos se convierten en rugidos frenéticos..... otro grito espantoso... y todo queda en silencio; mas..... parecia que la justicia divina queria tomar parte en este castigo, haciendo desaparecer los últimos vestigios de tantos crímenes. ... en el mismo instante cayó la casa convirtiéndose en un monton de humo y llamas, carbon, escombros y ceniza.

Los dos Sanchez quedaron sepultados debajo de este monton.

Arabela no había visto nada de esto. Al oír la agonía terrible de los dos hombres, se había desmayado.

Pocos momentos despues, volvieron los caribes á montar en sus caballos. Cada uno llevaba su botin por delante, juntamente con Julia y Arabela. Fuertes brazos de indios las detenian delante á caballo..... luego se alejaron con la velocidad del viento.

CAPITULO X.

Las cataratas de Maypures y la gruta de Aruipe.

Mientras pasaba la escena horrible descrita en el capítulo anterior, seguian Humboldt y sus amigos el curso del rio Orinoco.

Este hermoso y magnífico rio, anhelo desde muchos años de Humboldt, se hallaba ante su vista en todo su esplendor.

Una corriente occidental y brisas tropicales favorecieron la travesía por el brazo de mar, que se extiende en el ancho valle, entre el nuevo continente y el Africa oc-